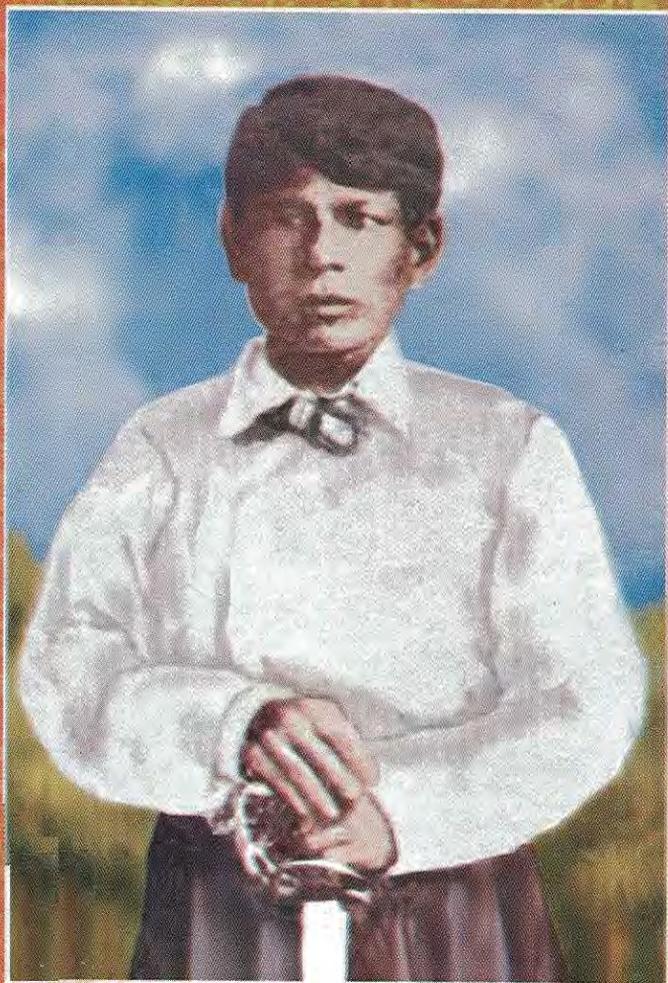


# Mis Memorias sobre el General Victoriano Lorenzo



Relatos de Viva Voz del  
Tte. Coronel Juan José Quirós Mendoza  
1900-1902

Recopilación, Ordenamiento y Publicación  
de Claudio Vásquez Vásquez

## CLAUDIO VÁSQUEZ VÁSQUEZ

(1905-1983).

Historiador, geógrafo, orador, escritor, ensayista y gran maestro. Su carrera dentro de la educación panameña pareciera haber sido cuidadosamente planeada, pero no fue más que el resultado de



una vida dedicada, creativamente, al estudio, a la investigación y al trabajo. Nació en los albores de la república de Panamá en Santo Domingo de Las Tablas y murió en Penonomé.

Egresado del Instituto Nacional de Panamá en 1924 y de la Universidad de Panamá en 1940, fue maestro de grado en Las Tablas, Bocas del Toro y Panamá, director de escuela primaria en Las Tablas y en Panamá, director general de un centro escolar de tres escuelas primarias en Panamá, subinspector de Educación en Santiago de Veraguas, inspector de Educación en el Darién, profesor de español, profesor de geografía e historia, director de primer ciclo, director de escuela secundaria completa en Chitré, viceministro de educación y ministro encargado de la cartera de educación. También fue secretario general de correos y telégrafos, y director encargado. Toda su vida se

**MIS MEMORIAS**  
**SOBRE EL**  
**GENERAL VICTORIANO LORENZO**

*Relatos de viva voz del Teniente Coronel*  
**JUAN JOSÉ QUIRÓS MENDOZA**  
*1900-1902*

*Recopilación, ordenamiento y publicación de*  
**CLAUDIO VÁSQUEZ VÁSQUEZ**

*Panamá, 1903-2003*  
*En conmemoración de los cien años del fusilamiento*

P.

864

V444 Vásquez Vásquez, Claudio

Mis memorias sobre el General Victoriano Lorenzo : relatos de viva voz del Tte. Col. Juan José Quirós Mendoza 1900 – 1902 / Claudio Vásquez Vásquez. – 2ª. ed. – Panamá : Imprenta Articsa, 2003.  
126 p. ; 21 cm.

ISBN 9962-02-416-1

1. LITERATURA PANAMEÑA - ENSAYOS
2. ENSAYO HISTORICO LITERARIO I. Título.

© Copyright: Margarita Vásquez

**Mis Memorias sobre el General Victoriano Lorenzo**

Libro.

Segunda edición, 2003.

500 ejemplares

Primera edición, 1973

Impreso en los Talleres de la Imprenta ARTICSA

Tel.: 225-0224

Panamá, República de Panamá

Portada: L. Ramírez F.

Panamá, 2003.

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sin la autorización previa y expresa del autor.

## PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

En *Mis memorias sobre el general Victoriano Lorenzo* (1973)<sup>1</sup>, Claudio Vásquez Vásquez (1905-1983) recoge, en la década de los setenta, el testimonio de su suegro, Juan José Quirós Mendoza (1879-1974), quien había luchado en la Guerra de los mil días. En mayo de 1900 había ingresado D. Juan, por entusiasmos juveniles, a las fuerzas liberales encabezadas por el Dr. Belisario Porras y dirigidas por el Gral. Emiliano J. Herrera, aunque era hijo del Corregidor de El Harino<sup>2</sup>, es decir, hijo de un conservador que representaba a la autoridad y al gobierno en la región. El libro cuenta los sucesos que D. Juan guardó en la memoria porque participó en ellos, desde su ingreso a las fuerzas liberales hasta su regreso a El Harino, en septiembre de 1903: fueron tres años y cuatro meses de su vida.

La “memoria” como forma textual, aquí, en este libro, era y es un método para recoger lo que parecía que se hundiría en la nada con aquel venerable señor que vestía muy blancas canas cuando relataba sus experiencias. Para evitar que se perdiera una etapa del proceso histórico panameño, D. Juan y D. Claudio dejaron constancia escrita de los hechos, sucesos, acciones, propósitos e interpretaciones cumplidos por D. Juan en la Guerra de los mil días. Así, *Mis memorias*, gracias al recopilador de la información, D. Claudio Vásquez V., deja en presencia del lector al hombre que cabalgó junto a Victoriano, y quien narra en primera persona lo que él vio o lo que oyó, porque siente un verdadero apetito por la verdad. De este modo, se compromete a cribar, de lo visto o escuchado por él, lo que le hubiera sido narrado. Y para que estemos seguros de lo que dice, D. Juan expresa muy explícitamente en las primeras páginas:

---

<sup>1</sup> En adelante, se denominará *Mis memorias*.

<sup>2</sup> Un caserío en la Provincia de Coclé.

Quiero dejar bien claro que todo cuanto expongo aquí es estrictamente cierto; ya porque fui actuante y fui testigo presencial o porque lo escuché, tal como lo expongo, de la propia voz de los autores. Digo, pues, la VERDAD de lo que hice, de lo que vi y de lo que escuché en forma directa. No expondré aquí nada que yo oyera a una tercera persona (Vásquez, 1973: 7).

Que de esa memoria (como tinaja de agua fresca) podría seguir bebiendo la historiografía, también lo pretende el editor Vásquez en las primeras páginas de *Mis memorias*, en una certificación del valor informativo de las páginas subsiguientes. Asimismo, se incluyen ilustraciones y documentos destinados a corroborar la “verdad” de los hechos contados: en la portada del libro hay un retrato de Victoriano, dentro del libro, hay fotografías de D. Juan, del Dr. Belisario Porras y del General Víctor M. Salazar<sup>3</sup> y en el apéndice se inscribe una solicitud judicial de comparecencia de Juan José Quirós, que comprueba la relación estrecha existente entre el General Lorenzo y D. Juan. Además el libro, en su humildad externa, es absolutamente coherente con la realidad a la que alude.

---

<sup>3</sup> También se incluye, señal de la oportunidad que ofrecía el año de 1971, una fotografía de una entrevista sostenida por D. Juan y el General Omar Torrijos, en aquel momento jefe de gobierno de la república panameña. Al pie se lee: “Omar Torrijos H., propulsor infatigable del rescate histórico de la memoria del General Victoriano Lorenzo”. Tendría que haberse ampliado un poco más la calificación del “rescate”, y decir “político-histórico” porque, en realidad, la figura de Victoriano le calzaba como anillo al dedo a la tarca política “reivindicadora de los humildes”, en la que se había enfrascado el General Torrijos. De hecho, la discusión de la verdad histórica de Victoriano Lorenzo había comenzado mucho antes de Torrijos, en la década del treinta. Solamente hay que revisar la polémica que, sobre Lorenzo, sostuvieron Diógenes de la Rosa y Ernesto J. Castillero (V. De la Rosa, Diógenes. *Textos y contextos Homenaje*. Panamá: Ediciones Revista Universidad, s.f.)

Por otra parte, ya que la forma básica de la “memoria” es la narración, caemos en el campo minado de la representación, que podría ser tan imaginaria como la ficción literaria. En general, en las narraciones testimoniales, los acontecimientos narrados se representan como imágenes subordinadas a la memoria del testigo, que intenta, muchas veces, citar otras palabras, aparentemente ya inaccesibles, porque fueron pronunciadas en otro tiempo y lugar. Considérense, además, los años transcurridos. ¿Por qué D. Juan calló tanto tiempo? Para explicar su largo silencio menciona el peligro físico en el que se sentía una vez finalizada la guerra. Además, se cuidó de no lastimar a las personas del bando conservador que le ofrecieron su amistad y protección cuando regresó a su casa de El Harino, todavía temeroso, cuatro meses después de la ejecución de Victoriano.

Pero se lamenta de no haber hablado antes para atestiguar el carácter infame de la leyenda negra creada alrededor de la figura de Victoriano. Así, queda evidenciado que los hechos contados también están subordinados a las intenciones reivindicativas del hablante. D. Juan quiere dar fe de los hechos para que sirvan de argumentos a favor de General Lorenzo y para contradecir la imagen negativa que se le había dado en algún momento:

*La Historia* ha cometido muchos y muy profundos errores al relatar la conducta y la vida de Victoriano Lorenzo y la mayoría lo injuria como si hubiera sido un salteador, criminal, antisocial, asesino y ladrón. Hoy [en 1971] habrían dicho que era un guerrillero comunista. No se puede negar que aprovechadores sin Dios ni Ley se ampararon a la sombra de las

guerrillas y cometieron robos y crímenes que Victoriano no sólo repudió, sino que cuando pudo, castigó. Todos esos cargos, absolutamente todos los que le han hecho están totalmente alejados de la verdad (Vásquez 1973: 33).

Tampoco podemos olvidar el papel del recopilador y ordenador de la información en la narración. Por varios años, conversando sin apremio, en la semioscuridad del anochecer, iba D. Juan buceando en su memoria, y seleccionando en el pedreguero de los recuerdos aquella información que daba como respuesta a las preguntas de su yerno Claudio, con toda la desordenada afluencia del discurso oral, aunque la expresión fuera “fácil, rica y correcta, de vocabulario envidiable y profundamente sentido” (Vásquez 1973:1). Luego, D. Claudio iba dando forma de obra escrita a lo que contara D. Juan de viva voz acerca de la guerra. De vez en cuando, el texto permite ver cómo se asoma el entrevistador: “Se esperaba que volviera así la paz y la tranquilidad pública, *dice muy claramente mi compadre Juan*” (Vásquez 1973: 25, énfasis mío). Por la circunstancia temporal y por estas intervenciones, el narrador “objetivo” que pretende ser D. Juan se sabe frente a la dificultad de convencer al lector de que lo que lee es verdadero. Y así repite una y otra vez, al igual que los primeros cronistas de Indias, que él vio lo que cuenta, que lo oyó o lo palpó.

*Mis memorias* no relatan solamente los hechos interpretados desde la madurez de la vida por un hijo de familia conservadora que entró en el otro bando de la guerra, sino también las rencillas, las envidias, la impresión negativa o positiva ocasionada por personas y por acontecimientos, las curiosidades de la vida diaria en las que no pensamos al hablar de batallas guerreras y, por supuesto, la opinión de D. Juan:

Allí en el Valle de Antón me di cuenta de que ya las relaciones entre el General Emiliano J. Herrera y el Dr. Belisario Porras y otros miembros del Estado Mayor no andaban bien. Se alcanzaba a apreciar el brote de egoísmo entre ellos. El Dr. Porras, Jefe Supremo, era el blanco de todas las quejas, incomodidades e injusticias y de las dificultades de la marcha. Comprendí que todo era puros celos en contra del Dr. Porras porque él era el HOMBRE DE PRESTIGIO; a él lo seguía todo el mundo y alrededor de él se movían todos los intereses de la Revolución. (...) El General Emiliano J. Herrera, por otra parte, desatendía muchas veces los consejos, los acuerdos y hasta las órdenes del Dr. Porras porque era absoluto y arbitrario. Indudablemente que todos los oficiales y soldados venidos de Colombia se creían superiores a nosotros. Yo no niego que ellos tenían mucho más entrenamiento militar que nosotros los panameños que jamás habíamos agarrado un rifle. Pero en cuestión de valor y arrojo, cuando llegaba el momento, quién sabe... (Vásquez 1973: 16-17).

Lo que sigue son opiniones surgidas a raíz de lo observado que, si se generalizan, son diferencias étnicas, económicas, sociales, personales y regionales que sacan a flote las insatisfacciones y los roces. En la historia y la literatura de Panamá, incluso en la que fue escrita en la época colonial o en la colombiana, se percibe en el istmeño

una interpretación de su condición de panameño que lo singulariza, que lo hace diferente al resto de los colombianos. Todo esto nos da una idea de lo que en el fondo de la olla se iba cocinando.

D. Juan niega que en la superficialidad del discurso sostenido con Victoriano, se reconocieran teorizaciones políticas:

Nuestro General coclesano no hablaba de principios políticos ni liberales ni conservadores; peleó al lado del Dr. Porras porque eran amigos y éste lo invitó para que le ayudara, y levantó después la guerra de guerrillas en Coclé porque el Coronel Pedro Sotomayor le fue a buscar la pelea allá en su casa en El Cacao. (Vásquez, 1973: p. 33)

Sin embargo, cuando se refiere a las causas del levantamiento indígena, expresa:

Desgraciadamente los conceptos sociales reinantes, las diferencias de clases, ese desprecio en que se mantenía al indio, las persecuciones políticas, los abusos de los que estaban en el poder y la necesidad de encontrar una víctima para que sirviera de escarmiento, se confabularon para atacarlo y perseguirlo. Sus guerrillas fueron sus defensas. (Vásquez, 1973, p. 34).

Por su parte, la posición del editor, Claudio Vásquez V., queda manifestada en la selección de las fotografías. Al pie

de la Dr. Belisario Porras se lee: “Defendió con alta dignidad el honor de la patria y desde la presidencia actualizó el porvenir.” Del General Víctor M. Salazar, dice:

Quien dio de palabra al General Benjamín Herrera las garantías de que Victoriano Lorenzo sería tratado bajo las condiciones del Tratado de Paz del Wisconsin. Al separársele de la Gobernación, las condiciones de Victoriano se agravaron profundamente y cuando supo en Popayán el fusilamiento, publicó una protesta en toda la prensa colombiana (Vásquez 1973: primeras páginas).

Al final, bajo la fotografía de un grupo juvenil que visita la tierra de Victoriano, se lee:

En todas las latitudes y a lo largo de la Historia de la Humanidad, el hombre joven ha mantenido la constante inspiración y su admiración en algún personaje que satisfaga sus inquietudes espirituales. Panamá tiene esos héroes para su juventud, sin necesidad de importar personajes extraños a nuestra geografía. Por eso vemos aquí a un grupo numeroso de adolescentes capitalinos visitando las tierras y los bosques de La Negrita, Penonomé, desde donde el intrépido Victoriano levantó la bandera de la libertad y la democracia. (Vásquez 1973: p. 105)

Estos pensamientos nada llanos son los que priman en el relato y, en su aparente simplicidad irónica, llevan implícita una concepción política e histórica. Del

pensamiento de D. Juan se desprende que Victoriano intentaba romper un orden social, político y económico que ahogaba a su gente, y que, por lo mismo, en 1971, “habrían dicho que era un guerrillero comunista” (Vásquez 1973: 33). Del de D. Claudio, que los liberales Belisario Porras y Víctor M. Salazar no vendieron a Victoriano Lorenzo, quien es y debe ser considerado adalid de las libertades democráticas.

En fin, mediante un ordenamiento ficticio de los recuerdos, *Mis Memorias* adopta su propia armazón narrativa. Introduce elementos de la vida cotidiana, alude a algunas manifestaciones del imaginario colectivo y nos da una visión de la guerra no desde arriba, sino desde abajo, desde dentro del grupo cholo guerrillero, y al hacerlo, jerarquiza en un nivel bastante alto la dimensión política de los hechos narrados, por lo que queda explícita la posición asumida por el narrador. Con todo, esta intrahistoria se atreve a enfrentar a la Historia, y la acusa de haber cometido graves errores.

Lo cierto es que hay una necesidad de aclaraciones sobre el pasado que también está presente en **la narrativa** de ficciones panameña de los últimos cincuenta años: *Desertores* (1952), de Ramón H. Jurado, *El guerrillero transparente* (1982), de Carlos Francisco Chagmarín, y *Sin principio ni fin* (2001), de Justo Arroyo, ficcionalizan a la persona real llamada Victoriano Lorenzo, como también lo hacen la dramaturgia y la poesía. Pero, por más que estas novelas, cuentos, dramas, poemas, le hubieran pedido sustento a la historia, o por más que estén vinculadas al mismo campo histórico, en ellas, a diferencia de lo que ocurre en las obras testimoniales como la que aquí se prologa, la presencia de Victoriano está sujeta a diferentes decisiones estéticas que hay que tomar en cuenta a la hora de leerlas.

También el testimonio, como narración, está sometido a ciertas demandas literarias. En *Mis memorias* el hablante construye su enunciación desde una postura polémica, y ello condiciona las inflexiones de su habla. En primer lugar, los acontecimientos históricos son seleccionados y jerarquizados, de acuerdo con las intenciones del hablante, con vistas a ofrecer un discurso coherente y convincente, pues se trata, en este caso, de refutar la imagen del General ya asentada. Por otra parte, debe concebir su estrategia expositiva de modo que sus verdades interesen a los lectores; y para ello nada es más eficaz que someterse a las maneras de la narración: estructura externa en forma de partes o capítulos nominados, énfasis en la acción, creación de suspenso, uso de la descripción para contextualizar los hechos, diseño de personajes, uso del diálogo y creación de un *narrador*, quien reitera enfáticamente al lector el carácter objetivo y veraz no ficcional de lo narrado. Este *narrador*, que se confunde intencionalmente con la voz autoral, tiene la apoyatura de los elementos paratextuales del libro, los cuales ya condicionan la actitud que asume el lector. Más que el título, ya de por sí explícito, la nota explicativa del compilador acerca de la naturaleza oral (“de viva voz”) de los relatos, las fotos, los diagramas que se incluyen en el texto, son señas que garantizan la objetividad aludida. Pero tal vez el elemento de mayor significación sea el *Apéndice* que se incluye al final, no sólo por demostrar las cercanas relaciones del testificante con Victoriano Lorenzo y, por lo tanto, la veracidad de lo contado, sino también porque *Mis memorias* se convierte así en el alegato que no se pudo brindar en aquel juicio. El Teniente Coronel Juan José Quirós Mendoza debía este testimonio, la historia misma se lo demandaba.

*Margarita Vásquez Quirós*

Panamá, 2003.

## RAZÓN

La primera función de la Historia es investigar, conocer y reconstruir el pasado. Los fenómenos históricos sólo se conocen indirectamente, a través de los recuerdos que ha dejado ese pasado. Entre estos recuerdos las Memorias y los Testimonios directos o de primera mano constituyen el mejor material para la historiografía. El conocimiento, la formación y el desarrollo del mundo moral y espiritual, constituyen el objetivo esencial de la historiografía para comprender al hombre, su mentalidad y las manifestaciones de su espíritu.

Busquemos tras las palabras de las *MEMORIAS* que aquí publicamos, el espíritu y la condición moral del General Victoriano Lorenzo. Su guerrilla fue un medio material para romper un orden social, político y económico que ahogaba su raza, de la cual fue él su primer defensor y su primer mártir.

C. V. V.



***Tte. Coronel Juan José Quirós Mendoza***

La imagen narra: alegre, lleno de vida y energía a sus 91 años.



## INTRODUCCIÓN

*Por razón de haber existido relaciones personales muy estrechas entre mi suegro y compadre Don Juan José Quirós Mendoza y el General Victoriano Lorenzo; por ser mi compadre Juan unos de los pocos testigos presenciales aún con vida<sup>(1)</sup> de muchas de las actividades guerreras del General Lorenzo; por haber sido mi compadre Juan secretario del General Lorenzo; por haber actuado él en muchos trances a la par del General Lorenzo y porque es necesario dejar escritos los relatos de estos trozos de nuestra historia patria, he resuelto escribir una serie de conversaciones personales que he sostenido con mi compadre Juan, para que él exprese a la ciudadanía con la libertad que ha deseado y con toda propiedad, lo que sabe, le consta y recuerda sobre aquel extraordinario personaje de las montañas de Coclé.*

*Desde hace varios años venimos mi compadre y yo conversando sin apremio sobre tan variados y numerosos temas en la apacible tranquilidad de las primas noches en su finca "EL HARINO", corregimiento del mismo nombre, distrito de la Pintada, Provincia de Coclé. Allí en la semiobscuridad del anochecer rodeado de sus hijos y de sus nietos, ha relatado mi compadre Juan los hechos y accidentes que vio, y de los cuales fue testigo presencial, cuando no, persona actuante. Nunca le faltó entusiasmo. Es un hombre de expresión fácil, rica y correcta; de vocabulario envidiable y profundamente sentido. Muy de su satisfacción ha sido verse rodeado de todos los suyos para relatarles las luchas de su vida en la guerra, en la agricultura y en el comercio. A veces puso tanta emoción en su historia que sus lágrimas le saltaron a los ojos, especialmente cuando refirió las reprimendas que le hizo*

---

<sup>1</sup> Nota a la 2ª edición: Corría el año de 1971

*su padre, Sr. Santana Quirós, después de su primer regreso recién pasado el fracaso del Puente de Calidonia de la ciudad de Panamá. Don Santana Quirós era conservador; vivía entonces en su finca "EL HARINO", inmediata a la que hoy tiene mi compadre Juan con el mismo nombre. En aquella vieja finca crió Don Santana Quirós con su señora esposa Doña Rufina Mendoza de Quirós a sus hijos Gorgonio, Juan José, Máximo, Alejandro, Tomasa, Estefanía y Dionisio.*

*En 1900, el Alcalde de La Pintada, Don José María Guardia, designó a Don Santana Quirós como Corregidor de El Harino, y le asignó un agente de policía que debía permanecer en la residencia del corregidor permanentemente, provisto de su revólver y su silbato, con el fin de ayudarlo a guardar el orden público, además de prestarle auxilio en caso de que los liberales intentasen alguna acción contra él, sus familiares o sus propiedades. No ha escapado a mi compadre Juan el convencimiento de que también era misión de ese policía ejercer algún control sobre él tan pronto como regresara por esos lados. En efecto, la disposición del señor Alcalde fue muy útil a Don Santana porque un día recibió éste la inesperada visita de los liberales señores César Fernández, Dr. Francisco Filós y Lorenzo Simití, quienes llegaron en demanda de ayuda económica para la revolución, con amenaza de sanción o la provocación de daños. Como la demanda fue rechazada por el propio don Santana, los visitantes amenazaron con proceder a la fuerza, razón por la cual don Santana hizo uso del silbato para llamar al policía, quien se presentó de inmediato, y al recibir orden de que arrestara, revólver en mano, a esos señores, el grupo se precipitó en fuga seguido por las detonaciones del arma del policía.*

*Puede imaginarse el lector la embarazosa situación de un padre de familia conservador y revestido de autoridad,*

*ante el hecho de que su hijo estuviese envuelto activamente en la Revolución Liberal. Don Juan cuenta más adelante cómo se desarrolló todo aquello.*

*En algunos casos, los relatos de Don Juan se produjeron por su propia iniciativa: en otros, obedecieron a preguntas que le formulé y en varias oportunidades, por simple razón de comentar artículos de periódicos y revistas relativos a la acción del general Victoriano Lorenzo. Otras veces, han sido suyos los deseos de hacer algunas rectificaciones y aclaraciones que, según decía, no tenían la menor intención de mortificar a nadie.*

*Mi compadre Juan nació en Penonomé el 8 de febrero de 1879. Asistió a la Escuela Primaria Pública del mismo lugar. Fueron sus compañeros el Dr. Harmodio Arias Madrid, el Dr. Miguel Ángel Grimaldo, José Ángel Gordón, compañero de armas en la revolución de los mil días, quien fue muerto a balazos y guindado de un árbol con el Coronel Ayala y otros cinco soldados liberales más por las fuerzas del gobierno Conservador en la Quebrada de Las Lajas, cerca de Penonomé, el día del combate del Puerto El Gago. También fueron sus compañeros el Rvdo. Padre Dr. Alfredo Vieto, Don Gregorio Conte, don Antonio Grimaldo, don Hernando Quirós, Don Cristóbal Araúz y otros más. Manifiesta mi compadre Juan que su primer maestro de escuela, el señor don Arcadio Aguilera, educado en Colombia, siempre usaba saco y corbata y era persona muy estimada y respetada en el pueblo. El maestro Aguilera fue el padre del distinguido ciudadano penonomeño Lic. Don Arcadio Aguilera Ocaña, ex Ministro de Estado, ex-Magistrado Judicial y ex-Diputado a la Asamblea Nacional. También fueron sus maestros don Benigno Andrión, don Francisco Rivera, Don Ángel María Herrera y, de Religión y Catecismo, don Laurencio Jaén*

*Guardia: profesionales todos que elevaron de manera apreciable la cultura de Penonomé.*

*Al finalizar el siglo pasado (XIX), su papá, señor Santana Quirós, operó en Penonomé, con la ayuda de su esposa, varios negocios, coincidiendo con la época de la hegemonía de las familias de Don Pascual, Don Simón, Don Sebastián y don Segundo Quirós. Tuvo una gran tienda al estilo de la época, con toda clase de mercadería y medicinas, una carnicería, una cantina y una panadería, cada una en su local propio, y ubicadas todas en la calle de San Antonio. Cuando se produjo la quiebra de sus negocios por esos fenómenos de la depresión económica que aparecen de tiempo en tiempo, se trasladó y se reinstaló en El Harino, montaña adentro, para dedicarse a la cría de ganado, a la agricultura, a la elaboración de miel de caña y a otros negocios por los cuales pudo levantar su familia. Fue en ese ambiente de trabajo en donde creció mi compadre Juan y, muy joven, fue arrancado de allí por un accidente inesperado que picó la curiosidad de su espíritu activo para tomar parte de manera muy singular en las guerrillas del General Victoriano Lorenzo.*

*Claudio Vásquez Vásquez*  
*Panamá, febrero de 1971.*

## EXPLICACIÓN PREVIA

Antes de entrar en la exposición de mis experiencias revolucionarias, quiero aclarar lo siguiente:

1. El temor que tuve a las persecuciones políticas y los ultrajes, muy propios de esta época, a que quedamos expuestos los que pelcamos al lado del **PARTIDO LIBERAL** a pesar de las garantías que se acordaron en el Tratado de Paz de 1902 del Wisconsin, me ha mantenido en un largo y mortificante silencio en relación con los hechos de la guerra.
2. Este temor se profundizó en mí hasta el punto de sentirme imposibilitado para hacer las rectificaciones necesarias sobre tantas opiniones equivocadas y muchas veces mal intencionadas que se han publicado sobre el General Victoriano Lorenzo, a quien conocí minuciosamente por haberme él dispensado el honor de que lo acompañara ejerciéndole las funciones de su **SECRETARIO** desde el 20 de octubre de 1900.
3. Por esa misma razón del temor a la persecución, que fue el mismo motivo que obligó a numerosos jefes liberales de la categoría del Dr. Belisario Porras, el Dr. Eusebio A. Morales y otros a buscar refugio en tierras extranjeras, opté yo también, por iniciativa propia y dentro de mi humildad, por ese mismo camino y permanecí trabajando en Heredia y en Punta Arenas, Costa Rica, durante casi un año después de finalizada la guerra. El fusilamiento de Victoriano Lorenzo me sorprendió tristemente en San José, Costa Rica, en el parque Morazán el 16 de mayo de 1903. Al leer la noticia en el periódico que acababa de comprar sentí una ola fría por todo mi cuerpo, perdí la visión, me

desmayé. Al rato volví en mí y me senté en la banca que estaba cerca. Cuando me recuperé, volví a mi cuarto en el hotel. Esa noche no dormí, era indudable que una grave responsabilidad y serio peligro recaía en mí por haber sido su Secretario.

4. Regresé a la Patria por la vía de Punta Arenas en septiembre de 1903 y sin detenerme mucho tiempo en la capital volví a casa de mis padres en El Harino. Me dediqué entonces a trabajar con ellos, alejado de todo comentario porque el vil fusilamiento del General Victoriano Lorenzo me imponía cerrar mi boca o correr peligro semejante.
5. Las relaciones comerciales y las amistades personales que cultivé en Penonomé con honorables ciudadanos que habían pertenecido al Partido Conservador; las diferencias y demostraciones de confianza que recibí de dichos personajes, me redujeron a no comentar los hechos de la Revolución. Callé, pues, por respeto a tan valiosas amistades conservadoras.
6. Ahora, a la altura de mis 91 años, pasados ya todos aquellos peligros y desaparecidos todos aquellos buenos amigos a quienes habría podido herir alguna expresión mía sobre aquellos acontecimientos y ante la insistencia de mi yerno y compadre profesor don Claudio Vásquez V., me resuelvo a formular los relatos de mi participación en la Guerra de los Tres Años.
7. Es bueno que el lector sepa que dicha Revolución de los Tres Años tuvo en el Istmo dos épocas de actividad formal: La primera época se inició con la invasión traída por el Dr. Belisario Porras, que desembarcó por

Punta Burica el 31 de marzo de 1900. Fue su Jefe Supremo de Operaciones Militares el General Emiliano J. Herrera, y el Dr. Porras se declaró Jefe Civil y Militar del Istmo. Esta expedición se paseó triunfalmente por todo el país; ganó la batalla de Bejuco o de la Negra Vieja el 8 de junio de 1900, que produjo una resonancia internacional. Pero el 24 de julio de 1900 cayó vencida la Revolución en el Puente de Calidonia de la ciudad de Panamá por la astucia, organización y valor de los Generales Conservadores Dr. Carlos Albán y Don Víctor Manuel Salazar. El General Emiliano J. Herrera se escapó para Colombia por la vía de Chepo y la desembocadura del Bayano, mientras que el Dr. Porras, derrotado pero no vencido, se fue a Costa Rica. La segunda época se inició con el saqueo y el incendio del caserío indígena de El Cacao el 18 de octubre de 1900 por fuerzas militares del Gobierno que, comandadas por el Coronel Pedro Sotomayor, Jefe de la Policía de Panamá, fue hasta el lugar a apresar al Capitán Victoriano Lorenzo y a decomisarle los rifles que con sus amigos se había llevado de las afueras de Panamá con motivo de la derrota del 24 de julio de 1900 en el Puente de Calidonia. Las guerrillas del General Victoriano Lorenzo en la provincia de Coclé, en las cuales los acompañé activamente, y la **INVASIÓN LIBERAL** del General Benjamín Herrera con las enormes fuerzas que logró reunir en el Istmo para dominar casi totalmente el territorio panameño, caracterizan la Segunda época o etapa de la Guerra Civil. Esta segunda época concluyó con la firma del Tratado de Paz, a bordo del barco de guerra norteamericano Wisconsin el 21 de noviembre de 1902, cuyas garantías de vida y libertad de los liberales no se cumplieron.

8. Y, por último, quiero dejar bien claro que todo cuanto expongo aquí es estrictamente cierto; ya porque fui actuante o fui testigo presencial o porque lo escuché, tal como lo expongo, de la propia voz de los autores. Digo pues, la **VERDAD** de lo que hice, de lo que vi y de lo que escuché en forma directa. No expondré aquí nada que yo oyera a una tercera persona.

*Juan José Zuirós M.*

El Harino, noviembre de 1970.

# I. PRIMERA ETAPA

## CÓMO INGRESÉ A LA REVOLUCIÓN LIBERAL

**¿Cómo comenzó usted, Compadre, a formar parte de la Revolución? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué razones? ¿Era usted liberal?**

Yo ingresé a las Fuerzas Liberales revolucionarias el 13 de mayo de 1900 en el paso real de Matapalo sobre el río Chico, en el camino de Natá a Capellanía, provincia de Coclé, cuando llegó allí el ejército liberal que venía por tierra desde David, provincia de Chiriquí. Tenía yo 21 años de edad; estaba en plena juventud. Yo no tenía idea de lo que era una revolución ni aspiraba a ingresar a ella. Yo no era liberal, ni sabía nada de esas cosas de liberales y conservadores. Había ido yo de la finca de mi papá, Santana Quirós, al pueblo de Natá, en busca de unas medicinas a la botica del Sr. Delfín Gálvez, para el policía que estaba al servicio de mi papá, quien era el corregidor de El Harino. Pero al escuchar en el pueblo de Natá los comentarios y el entusiasmo públicos por la llegada del ejército de la Revolución, me fui con el grupo de gente del pueblo a verlos llegar. Estaban los soldados todos en el río aseándose, lavando, bañando los caballos. En el mencionado paso de Matapalo, el Coronel José Ángel Carranza, conspicuo ciudadano de Natá, de firmes ideas liberales, que ya había sido Prefecto de Coclé y era amigo del Dr. Porras, nos presentó sorpresivamente ante él a los jóvenes Juan B. Urriola, Héctor Juan Tejada, Misael Soberón, Abelardo Ríos, a mí y a otros más. La presentación fue pública y en alta voz. El Dr. Porras contestó sus palabras con muestras de gran satisfacción y simpatía. Así fuimos recibidos de manera cordial, y

admitidos de hecho en la Revolución. Yo no recuerdo qué se me hicieron las medicinas que fui a buscar. No nos entregaron armas porque no las había y no se nos destinó, por lo pronto, a ningún batallón. Enrolados, pues, iniciamos ese día la marcha sobre Río Grande.

Allí dispuso el Dr. Porras que la marcha del Ejército, después de cruzar el Río Grande, se desviaría y se verificaría por las tierras altas de Coclé, al Norte de Penonomé, lejos de los pueblos; de modo que cuando la noticia de su paso se sabía en alguno de éstos, ya el ejército había pasado. El 24 de mayo de 1900 hicimos entrada a El Valle de Antón. Allí el ejército estuvo atendido por los señores Don Salvador Coronado, que regaló dos novillos gordos que se sacrificaron de una vez,” Don Tomás Noriega y Don Quintín Pérez, quienes suministraron comidas.

## **CÓMO INGRESÓ VICTORIANO LORENZO A LA REVOLUCIÓN**

Fue allí, en El Valle de Antón, la primera vez que vi a Victoriano Lorenzo, el 25 de mayo de 1900 al anochecer. Estábamos los soldados sentados en el llano, descansando a prima noche en los alrededores inmediatos de la casa de Don Salvador Coronado. De pronto, se presentó un grupo numeroso de hombres, campesinos. El que parecía ser el jefe preguntaba que dónde se encontraba el Dr. Porras. El General Luis Salamanca salió del portal de la casa de Don Salvador, se acercó al grupo de los recién llegados y entabló el siguiente diálogo con el jefe:

- ¿Qué desean ustedes? -preguntó el General Salamanca.
- Deseo ver al Dr. Porras y hablar con él -contestó el Jefe.
- Y ¿quién es usted? -preguntó el General Salamanca.
- Yo soy Victoriano Lorenzo y vengo a atender llamada

que me hizo el Dr. Porras. -contestó Victoriano.  
-Un Momento -dijo el General Salamanca.

El General Salamanca se fue hacia el costado norte de la casa de Don Salvador y regresó al momento con el Dr. Porras ante la presencia de los recién llegados. Yo vi cuando el Dr. Porras y Victoriano se abrazaron con entusiasmo. Ya estábamos de pie para ver bien lo que ocurría. Yo me encontraba acompañado de mis nuevos amigos Justo Pastor Espino y Matías Tejada, ambos de Las Tablas, y de los compañeros natariegos. Observamos que el Dr. Porras hizo llamar inmediatamente al General Emiliano J. Herrera y al Estado Mayor; los presentó personalmente uno a uno a Victoriano Lorenzo, y luego, hablando en público y en voz alta, como quien pronuncia un discurso, el Dr. Porras hizo elogios del recién llegado y sus compañeros, por la extraordinaria ayuda que significaban para la Revolución, por cuanto que el grupo era numeroso; por la inmensa porción del Istmo que Victoriano Lorenzo gobernaba; por la posibilidad de suministro de alimentos en caso necesario; por la ayuda de brazos para transporte; por su conocimiento de todos los caminos y encrucijadas de la región; por su valor para arrojarse a la lucha y, en fin, lo puso como ejemplo que debían seguir todos los liberales del país. Yo tuve la suerte de escuchar todo con claridad porque estaba cerca y, en verdad, el Dr. Porras se veía muy contento por la llegada de Victoriano, su nuevo aliado. Aprovechando una oportunidad entre el grupo, el señor Basilio Simití, quien viajó con Victoriano desde El Cacao, se acercó al Dr. Porras-. y, muy sonriente, le dijo: -Doctor, yo cumplí, y aunque se me cansó el caballo, aquí está el hombre que usted quería-. El Dr. Porras lo abrazó y al mismo tiempo que le daba las gracias, le decía: -Qué valiente eres, Basilio. Yo sabía que tú cumplirías la comisión. Pronto te daremos

tu recompensa-. Y se apretaban en el abrazo. Fue, pues, en El Valle de Antón, en donde Victoriano Lorenzo ingresó el 25 de Mayo de 1900 al anochecer a la Revolución liberal que encabezaba el Dr. Belisario Porras y dirigía el General Emiliano J. Herrera.

## INVITACIÓN DEL DR. BELISARIO PORRAS A VICTORIANO LORENZO

**Compadre, ¿podría Ud. explicar por qué razones se presentó Victoriano Lorenzo ante el Dr. Porras de esa manera tan decidida?**

Bueno, sí puedo explicarlo; pero ese es otro relato. Va: Victoriano era muy respetuoso, reservado y tímido. Si el Dr. Porras no lo llama para que viniera a su lado, posiblemente él no se habría presentado. Pero, según se supo después, fue Basilio Simití quien llevó a Victoriano una invitación del Dr. Porras. Basilio contaba sin reparos las dificultades de su misión. Yo se lo escuché varias veces al propio Victoriano Lorenzo. Las cosas sucedieron así:

Cuando el ejército liberal comandado por el Dr. Porras, desembarcado por Búcaro, Tonosí, llegó al pueblo de Santa María en la actual provincia de Herrera, el Dr. Porras dispuso avisar sus planes a su amigo Victoriano Lorenzo y pedirle su cooperación para desembarcar y transportar las armas y municiones que del extranjero debían llegarle muy pronto por el Puerto de Chame. El Dr. Eusebio A. Morales, que venía en la expedición ya con el cargo de Secretario de Hacienda del Dr. Porras, viajó desde Chitré a Taboga y, de allí, al Ecuador, en busca de las armas necesarias para atender la demanda de las mismas, pues ya en Chitré no las había para distribuir, y los soldados viajaban sin ellas. En Santa María consultó el Dr. Porras entre sus subalternos

quién podría ser la persona de confianza, valiente y segura, que pudiera llevar una carta suya a su amigo Victoriano Lorenzo, que vivía en El Cacao, caserío situado en las faldas del cerro La Trinidad y en la orilla izquierda del río La Trinidad, hoy Distrito de Capira, Provincia de Panamá. El señor César Fernández presentó a esa persona, que fue el señor Basilio Simití, moreno, alto, grucoso, natural del barrio de la Habana de la población de Natá, fiel amigo del señor Fernández y admirador del Dr. Porras. Con el carácter, pues, de “expreso” y “urgente” despachó el Dr. Porras secretamente al señor Simití para que a caballo llevara con toda reserva y seguridad, la invitación hasta el Cacao, en donde residía Victoriano. Esta carta tenía fecha 14 de Mayo de 1900. Yo la vi y la tuve en mis manos posteriormente, en privado, varias veces, para leerla y releerla porque me parecía algo irreal, y cada vez me sorprendía más la claridad, la importancia y la sencillez de tan curioso documento dirigido nada menos que por el Dr. Porras a Victoriano.

### **¿Dónde estaba esa carta cuando Ud. la vio, Compadre?**

Esa carta estaba guardada en el pequeño archivo de la correspondencia de Victoriano en la Negrita y como yo era su Secretario, esa carta y demás papeles estaban bajo mi cuidado. En dicha carta le pedía el Dr. Porras a Victoriano que se presentara con sus amigos a las playas de la bahía de Chame para que le ayudara a desembarcar un cargamento de armas para la Revolución.

Basilio Simití cumplió con su comisión; entregó la carta en El Cacao a quien iba dirigida. Para atender la llamada, Victoriano reunió de inmediato unos 60 hombres y fue tanto su interés por encontrarse con el Dr. Porras y ponerse a sus órdenes, que no bajó a las playas de Chame

como se lo solicitaba en la carta, sino que siguió por las tierras altas en dirección al Occidente con el ánimo de toparse con el Dr. Porrás por allá arriba y bajar juntos a la playa. Me contó Victoriano que Basilio Simití lo acompañó en este viaje a pie. Por prevención, Victoriano no pasó por El Valle de Antón; lo cruzó por el Norte, por el lugar llamado Sofre. En El Rincón de Las Palmas tuvo Victoriano noticias de que el Dr. Porrás recién había pasado ya por ese lugar con su ejército y que posiblemente estaba en El Valle de Antón. Victoriano tomó, entonces, el camino que conduce directamente a este último lugar y, efectivamente, allí dio alcance a las fuerzas liberales al anochecer del 25 de mayo de 1900. Fue en ese momento cuando el General Salamanca recibió al grupo de extraños y a su jefe Victoriano Lorenzo para ponerlos frente al Dr. Porrás, por quien solicitaban. Ya conté cómo fue la presentación por el Dr. Porrás al general Herrera y al Estado Mayor.

### **REACCIONES Y COMENTARIOS SOBRE VICTORIANO Y SU INGRESO A LA REVOLUCIÓN LIBERAL.**

Quiero comentar, por la curiosidad del hecho, las diferentes reacciones que se produjeron entre generales, oficiales y soldados por la llegada e ingreso a la Revolución de Victoriano y su gente. Repito que hasta ese día yo no conocía a Victoriano Lorenzo y que esa tardecita lo vi por primera vez. Su personalidad tan sencilla y humilde no creaba el temor que infundían otros militares arrogantes. Pero sí despertaba cierta simpatía y admiración por ser de los nuestros, por verlo así tan campechano, sencillo y hasta tímido por verse envuelto entre tantas figuras liberales de renombre y fama.

Pues bien, el general Emiliano J. Herrera no recibió con simpatía el ingreso de Victoriano y su gente a la

Revolución. Se le notaba en el rostro el desagrado que experimentaba. Puso una cara de desprecio y de repugnancia con gestos de descortesía. Yo creo que el motivo de esa reacción totalmente negativa, de la que todos los que estábamos allí cerca nos dimos cuenta, fue porque el General Herrera percibió de inmediato la fe y confianza que Victoriano tenía en el Dr. Porras. Tanto, que apenas concluyo el acto de la presentación de Victoriano, tuve oportunidad de escuchar cuando el General Herrera hizo el siguiente comentario: **“Si Porras piensa ganar la guerra con personajes de esa clase, la guerra está perdida ya”**. Pero al escucharlo el General Luis Salamanca, Instructor General del Ejército Revolucionario, se dirigió al General Emiliano J. Herrera y todos alcanzamos a oír cuando le dijo: **“No se preocupe, mi General, que a mí me corresponde investigar y resolver si Victoriano Lorenzo y su gente son aptos o no para la guerra. Después que los examine se resolverá”**.

Creo también que lo que dio mala impresión al General Herrera fue el humildísimo vestir de los cholitos de Victoriano, descalzos y sin armas; aunque Victoriano, el Jefe, usaba camisa y pantalón de diablo fuerte y zapatos. En efecto, eran todos indios humildes, agricultores pobres, residentes de las montañas de Coclé. Pero ignoraba el orgulloso General, el gran corazón, su resolución definitiva de luchar por la Revolución y el temerario valor que tenían y que, desde ese momento, ponían al servicio de la campaña revolucionaria. Sobre este hecho de la presentación de Victoriano hubo otro comentario, no ofensivo, que públicamente hizo allí entre nosotros el señor Pedro Penagos, “Corneta” al servicio exclusivo del Dr. Porras, quien lo había traído contratado desde Nicaragua. Pues bien, Penagos dijo que, según los comentarios que había oído y la fama que se le hacía, se imaginaba que Victoriano Lorenzo era un general blanco, de ojos azules, alto, con botas de charol brillantes, con el vestido de militar

típico de esa época, arrogante en el caminar y bien puestas sus armas; pero que, realmente, se desilusionó cuando vio aquel “hombrecito” pequeño, más bien flaco, blanco pálido, de pelo negro, pensativo, de mirada lejana y vestido de manera tan humilde. Juzgó así Penagos, que era imposible el poder que, según se contaba, había logrado ese hombrecito entre la numerosa población indígena. Este comentario de Penagos lo escuché yo, sin la menor duda. Allí en El Valle de Antón me di cuenta de que ya las relaciones entre el General Emiliano J. Herrera y el Dr. Belisario Porras y otros miembros del estado Mayor no andaban bien. El Dr. Porras, Jefe Supremo, era el blanco de todas las quejas, incomodidades e injusticias y de las dificultades de la marcha. Comprendí que todo eran puros celos en contra del Dr. Porras porque él era el **HOMBRE DE PRESTIGIO**; a él lo seguía todo el mundo y alrededor de él se movían todos los intereses la Revolución. Otro jefe no habría logrado despertar el entusiasmo y la fe que logró el Dr. Porras. El General Emiliano J. Herrera, por otra parte, desatendía muchas veces los consejos, los acuerdos y hasta las órdenes del Dr. Porras porque era absoluto y arbitrario. Indudablemente que todos los oficiales y soldados venidos de Colombia se creían superiores a nosotros. Yo no niego que ellos tenían mucho más entretenimiento militar que nosotros, los panameños, que jamás habíamos agarrado un rifle. Pero en cuestión de valor y arrojo, cuando el momento, quién sabe...

## **EXAMEN DE APTITUD MILITAR DE VICTORIANO LORENZO Y SUS COMPAÑEROS.**

**Compadre, dígame, ¿el General Luis Salamanca, en su carácter de Instructor Militar de los Ejércitos Revolucionarios, realizó alguna investigación o alguna prueba para verificar las condiciones militares que podría ofrecer Victoriano Lorenzo y su gente a la Campaña?**

Efectivamente, sí la hubo. Repito que fue allí en El Valle de Antón en donde conocí a Victoriano, y desde allí comencé a tratarlo. Simpaticé con el cholito ágil y silencioso. Mis compañeros, Justo Pastor Espino, Juan B. Urriola, Matías Tejada, Héctor Juan Tejada, Alberto Ríos y yo nos acercamos bastante a él, le conversamos y comenzamos a ganar su confianza. Después de los días de descanso allí, en El Valle de Antón, reiniciamos la marcha, ahora en dirección a Chame. En dos jornadas muy pesadas por lo quebrado y difícil del terreno pudimos llegar a los pueblos de Chame y Bejuco. Nosotros íbamos aún sin armas, sin formar parte de batallón alguno y revueltos especialmente con la gente de Victoriano. Como había rumores de que las fuerzas del gobierno venían por tierra desde La Chorrera al encuentro nuestro, observé que los jefes tomaban ciertas precauciones para la vigilancia desde los cerros vecinos, y dictaban instrucciones sobre posiciones que cada grupo debía ocupar. Fue allí, en el llano de Bejuco, en esos primeros días del mes de junio de 1900, cuando el General Salamanca aprovechó la oportunidad para comprobar la habilidad para manejar armas y la puntería de la gente de Victoriano. Todo el público se dio cuenta de lo que ocurría, el que quiso se fue al llano a verlo. Se colocó un blanco (era una latita como esas de frutas en conserva) sobre el extremo superior de un poste de madera o estacón. Primero el General Salamanca daba personalmente a cada uno, por turno, instrucciones sobre el manejo del arma, y después le daba la oportunidad de dispararla hacia el blanco. El propio General Salamanca dio el ejemplo con el primer disparo y fue certero: pegó en el blanco. Luego llamó a Victoriano Lorenzo, le ofreció una oportunidad, y acertó. Uno a uno fueron desfilando ante el General Salamanca los hombres de Victoriano. De 61 que eran los examinados sólo tres no lograron dar en el blanco. Muy satisfecho por el resultado

de la prueba, el General Salamanca aprobó que ingresaran a la Revolución activamente, y que formaran una Compañía bajo las órdenes de Victoriano Lorenzo, quien no tenía todavía ningún grado militar. Así lo comunicó al Dr. Porras y al General Emiliano J. Herrera, quien presenció la prueba, sus resultados y quien quedó sorprendido, por lo que mandó llamar a Victoriano para indagar cómo había sido posible tal éxito. La entrevista de los dos nos la contó Victoriano a nosotros los del grupo ya mencionado. Pues bien, Victoriano le explicó al General que la razón es muy sencilla y clara, y que a él no le extrañaba nada que su gente tuviera mucha puntería. “Nosotros vivimos todos de la caza, dijo, y estamos acostumbrados a disparar a la cabeza del ave u otro animal del monte que tratamos de cazar. De esa manera podemos aprovechar toda la carne del animal y lo que se pierde por el disparo es muy poco”. Dijo que la razón, que es bien clara, no convenció al General Herrera; el gesto y la sonrisa que hizo demostraban que no creía en lo explicado. Esta prueba la vi yo y conocí sus resultados con mis ojos; como también la vieron todos los que quisieron, entre ellos todos mis compañeros del grupo. Sólo la explicación de Victoriano fue lo que supe porque la contó Victoriano mismo.

## **LA BATALLA DE BEJUCO O DE “LA NEGRA VIEJA”.**

El día 7 de junio de 1900 ya se sentía en el ambiente la amenaza del enemigo. El movimiento de la gente, las instrucciones de los jefes, la continua observación desde los puntos elevados, la distribución de las tropas y otros elementos hacían pensar que se acercaba la hora. Pero no fue sino hasta ese otro día, 8 de junio de 1900 en la mañana, cuando se desataron las fuerzas y se trabó el combate tan conocido en la Historia con el nombre de LA NEGRA

VIEJA. Yo me pude dar cuenta de que el General Salamanca colocó a los hombres de Victoriano Lorenzo hacia el lado Oeste de lo que iba a ser la línea de combate, con instrucciones terminantes de no disparar hasta cuando el enemigo, que se acercaba, estuviese al alcance claro de sus rifles. Efectivamente, los de Victoriano pelearon con arrojo y valentía, como lo hicieron todos los demás. De su línea no echaron ni un paso atrás en ningún momento; estaban bien apostados, y fueron muy certeros con sus rifles desde la cima del pequeño cerro llamado Las Paredes, el cual, dicho sea de paso, ha desaparecido porque lo aprovecharon para hacer alguna carretera vecina a Bejuco. De sus 60 hombres fue muerto uno, ya que por falta de malicia se dejó ver demasiado del enemigo y le dieron plomo. Yo no tomé parte activa en este combate; esto me lo contó Victoriano después. Ese día del combate, mi tarea, junto a Misael Soberón, Justo Pastor Espino, Juan B. Urriola, Matías Tejada, Héctor Juan Tejada, Abelardo Ríos y otros tres más, fue la de hacer la vigilancia de las pocas armas y municiones, que no eran muchas. Aunque el triunfo fue de las fuerzas liberales, daba horror la cantidad de muertos y heridos de ambos bandos caídos en el llano. Entre los comentarios y rumores que quedaron en el ambiente después de este combate oí decir (a mí no me consta ni lo vi) que alrededor de las cuatro de la tarde de ese día del combate, el General Emiliano J. Herrera, creyendo perdido ya el combate ante el empuje de los conservadores, invitó al Dr. Porras para abandonar el campo de batalla, hacer las maletas y escapar, pero que la respuesta del Dr. Porras fue la de que él moriría allí junto a sus soldados. Dijeron que Herrera se fue con un grupo de oficiales colombianos del Estado Mayor a esperar el fin en su cuartel en el pueblo de Bejuco y si le era posible, escaparse. Fue el propio Dr. Porras (paraguas en mano), el General Salamanca (que fue herido ligeramente), el General

Quinzada y otros generales, quienes dirigieron el resto del combate hasta el triunfo final. Es indudable que el héroe fue el General Luis Salamanca. Lamento mucho que ni los liberales de este país recuerden como se debe a este esforzado liberal, cuyo valor merece los más grandes elogios.

La estadía posterior en Bejuco fue larga y aburrida. Pero era necesario reponer las fuerzas perdidas, curar a los enfermos y heridos y hacer volver el ánimo. Los batallones salieron por tierra para La Chorrera con el General Herrera y su Estado mayor a la vanguardia. El último grupo que debía salir era el de Victoriano, junto con la ambulancia y el Dr. Porras; pero cupo la casualidad de que en esa fecha arribó a la bahía de Chame el vapor MOMOTOMBO, que traía al Dr. Eusebio A. Morales y las armas conseguidas en el extranjero. De acuerdo con lo referido anteriormente, el Dr. Porras había llamado a Victoriano para que, con su gente, viniera a la playa a transportar el armamento esperado. Entonces, nosotros, los del grupo natariego, Victoriano con su gente, el Dr. Porras y otros generales bajamos rápidamente a la playa.

### **PRIMER GRADO DEL ESCALAFÓN MILITAR CONCEDIDO A VICTORIANO LORENZO.**

Fue el General Luis Salamanca quien sugirió allí en la playa que ya a Victoriano debía dársele un grado de oficial para que dirigiera su batallón de cholos y se le reconociera autoridad. El Dr. Porras acogió gustosamente la iniciativa del General Salamanca y allí en la playa otorgó a Victoriano el grado de Capitán, declaración que hizo el Dr. Porras en voz alta para que todos escucháramos. Se iniciaba de esa manera en la playa del puerto de Chame la carrera militar del cholito el 14 de julio de 1900. La posesión de

Victoriano, más que una ceremonia militar, fue una arenga. El Dr. Porras exaltó los ánimos con un vibrante discurso.

Sin esperar arreglos, los marineros del MOMOTOMBO echaron en botes el armamento a la playa, pues, según escuché, el Capitán de la nave tenía instrucciones de abandonar las aguas panameñas lo más rápidamente posible. Tan pronto como fue reconocido Victoriano con el grado de Capitán ordenó en voz alta hacer fila, en la cual entramos nosotros. Una vez hecha la formación, Victoriano ordenó en alta voz:

-Un paso al frente los que sepan leer y escribir...

Yo me di por aludido, pero no di el paso por temor; tampoco lo dio ninguno. Yo miraba de reojo a los pies de Justo P. Espino para saltar si él saltaba. Como nadie actuó a la primera llamada, el Capitán Victoriano, que ya sabía quiénes sabíamos leer y escribir, repitió la orden tres veces allí cerca de nosotros. A la tercera vez, cuando vi que Justo levantó el pie me apresuré y di también el paso adelante. Justo, Matías, Héctor Juan, Abelardo y Juan B., todos los del grupo, habíamos dado el paso adelante. Entonces el Capitán Victoriano señaló a tres: a Justo, a Matías y a mí, y nos apartó del grupo. Dio luego las instrucciones generales para el transporte de las armas, y a nosotros nos nombró apuntadores para hacer el inventario de lo que se recibía, y por lo cual debía responder él. Con dificultad conseguimos papel y lápiz. No se permitió que prendiéramos luces en la playa; esto lo hicimos allá adentro de la casa hacia donde la gente del Capitán Victoriano iba cargando. Era curioso ver aquel espectáculo de la fila de hombres con su carga al hombro. Sólo eran comparables a

un camino de arrieras transportando su alimento. Ahora no puedo recordar cifras, venían rifles Máuser, Remington y Grass, todos de segunda mano y una cantidad considerable de municiones en absoluto desorden. Llegaron toldas de campaña, cantimploras, machetes y materiales de guerra en general. El trabajo de la gente del Capitán Victoriano Lorenzo fue el de transportar el armamento desde la playa al depósito en las afueras de Bejuco. Luego nos vino la tarea de clasificar rifles, municiones y demás pertrechos y organizar la salida hacia Capira. La gente del Capitán Victoriano tenía el encargo de transportar todo el armamento. El Dr. Porras iba allí con nosotros; él iba a caballo, siempre con su levita y su paraguas; los demás íbamos a pie. Cuando el general Emiliano J. Herrera supo allá en la vanguardia que había llegado el armamento y que lo transportaba la gente del Capitán Victoriano se desagradó nuevamente y fue totalmente opuesto a que se le diera esa responsabilidad tan seria y peligrosa. Pero, además de que el Dr. Porras tenía confianza en él, ningún grupo ofrecía mejores condiciones para este trabajo; de modo que el Dr. Porras lo mantuvo. Los cholos estaban acostumbrados a cargar al hombro por cualquier clase de camino, por desfiladeros y por ríos crecidos. Tampoco le pareció correcto al General Emiliano J. Herrera que se le diera a Victoriano el grado de Capitán, hecho que siempre protestó. Desde esa fecha, ya Victoriano era el Capitán Victoriano Lorenzo, y así se le reconocía y se le respetaba. Al llegar todos a La Chorrera tras jornadas largas y difíciles, hubo allí una reorganización general, y mis compañeros y yo entramos a formar parte del batallón Coclé, bajo el mando del Coronel César Fernández. Tomamos, así, rumbo a Corozal. Ya estábamos armados.

El capitán Victoriano Lorenzo dirigía la Compañía de su gente, de modo que desde el momento en que salimos de La Chorrera dejé de verlo. En Corozal, peleamos contra las fuerzas del gobierno el 21 de julio de 1900 y triunfamos brillantemente. La bala nos silbaba por todas partes; pero al enemigo le sucedía lo mismo. Los conservadores se retiraron derrotados y apresuradamente hacia la Capital y comenzó así nuestro andar, muy despacio, hacia la ciudad. Nos dimos cuenta de que había discusiones y demoras entre los jefes; pero no sabíamos de qué se trataba. Todo lo vine a saber después.

### **COMBATE DE CALIDONIA**

Con esa lentitud de la marcha llegamos el 24 de Julio de 1900 hasta muy cerca de las colinas de Perry's Hill (Perejil), y tratábamos de marchar sobre la iglesia de San Miguel, pero el fuego enemigo no nos permitía adelantar. Nosotros comenzamos a disparar como a las dos de la tarde. Pronto nos dimos cuenta del peso de la resistencia conservadora. No cedían. La bala tronaba por todas partes; los muertos ya se tropezaban por el suelo; no era posible avanzar. Ya de noche nos escurrimos hacia los montes vecinos para escaparnos del desastre. Esa noche no dormimos nada en absoluto. Casi nos comen los mosquitos a la orilla de un pequeño río o quebrada, que debe ser el Curundú. Ninguno sabía cuál había sido la suerte del capitán Victoriano Lorenzo y su gente; ya no lo vimos más. Al amanecer del 25 de julio de 1900 nos sorprendieron varios soldados de a caballo, gobiernistas, que andaban haciendo limpieza general de invasores y nos llevaron presos a la ciudad. Cuando nos llevaban por la

Avenida Central, custodiados por la caballería, oíamos voces que, desde los balcones y las aceras, gritaban: “Fusílenlos... fusílenlos... para que aprendan a ser revolucionarios.” El susto no fue poco. Cuando ya estábamos encerrados en la cárcel nos preguntábamos en baja voz unos a otros si no nos habíamos mojado o algo más serio. Aquellos momentos fueron de terror, pues no sabíamos qué nos esperaba. Nos tuvieron detenidos en el Cuartel de Las Bóvedas durante 18 días; allí se nos trató con buenas maneras y se nos dio comida, por lo menos, suficiente. Después de 18 días, es decir, el 13 de agosto de 1900, se nos ordenó regresar al pueblo de origen.



La primera escuela de El Harino fue solicitada por Don Juan José Quirós al Secretaría de Educación y funcionó en su casa. Hoy la escuela lleva su nombre.

## **FIN DE LA PRIMERA ETAPA DE LA REVOLUCION LIBERAL**

Con el desastre del Puente de Calidonia, que no fue más que el fracasado intento de asalto a la ciudad de Panamá, lucha en la cual yo no era más que un simple soldado, joven, inexperto, terminó la primera etapa de la Revolución. Se esperaba que volviera así la paz y la tranquilidad públicas, dice muy claramente mi compadre Juan. Pero todos sabíamos que ahora vendrían las persecuciones personales y los daños a los bienes y propiedades de quienes habíamos estado peleando a favor del liberalismo. Los conservadores, dueños, de nuevo, del poder aquí en nuestros pueblos y campos, amparados por una victoria que nos fue dura y amarga, no perderían ocasión para perseguirnos. Por eso los jefes liberales y todo el que pudo se marchó al extranjero. Unos se fueron al Ecuador, otros al Perú. El Dr. Porras y un grupo numeroso volvieron a Costa Rica y Centro América. La gloria de la Revolución triunfante a lo largo del Istmo se desvaneció en el Puente de Calidonia. Parecía que allí había terminado todo.

## **II. DESPUÉS DE LA DERROTA EN EL PUENTE DE CALIDONIA**

### **EL REGRESO, LAS AMENAZAS Y PERSECUCIONES.**

Los que regresamos de la ciudad de Panamá para el interior éramos muchos: en nuestro grupo nos encontrábamos Misael Soberón, Aurelio Almengor, Héctor Juan Tejada, Juan Bautista Urriola, Justo Pastor Espino, Matías Tejada, otros dos cuyos nombres no recuerdo y yo. Los dos de Coclé regresamos por el Puerto de Aguadulce. Allí nos dejó el vapor oficial que nos trajo; el transporte fue gratuito. En Aguadulce comenzamos a

disgregarnos; en Natá se quedaron los que habían salido conmigo aquel 13 de Mayo de 1900. Tuve que hacer viaje a pie de Natá a El Harino, que era la finca donde estaban mis padres. Cuando ya me sentí solo, alejado de mis compañeros de armas, me creció el temor. Antes de llegar a la finca, un empleado de mi papá, llamado Silvestre Mendoza, que andaba por el caserío de Las Tablas, del mismo Corregimiento de El Harino, me informó todos los detalles de lo ocurrido en la casa durante mi ausencia; me dijo que no tratara siquiera de llegar porque la estaban vigilando, en espera de mi llegada, para ponerme preso. Con Silvestre le mandé decir a mi mamá que viniera a una hora convenida al Cerro del Peñón. Este cerro estaba lleno de cañaverales y por sus alrededores se trabajaba mucho la miel de caña para los alambiques de Penonomé y Natá. Mi mamá vino a la cita y me aseguró que sí me podría ver con mi papá pero acá en el cerro y que no bajara yo a la finca. Acordamos, pues, una cita. En esa época mi papá era todavía Corregidor de El Harino y todavía tenía en su poder la orden de apresarme y entregarme al Alcalde de La Pintada, que lo era aún el señor José María Guardia. Cuando nos encontrábamos mi papá y yo, tuve que soportar el regaño. No le contesté ni una sola palabra. Tenía razón. El sermón fue duro. A él se le salieron las lágrimas. Entonces, lloré. No me apresó y convinimos en que sería mejor que me ausentara nuevamente por un tiempo más o menos largo, hasta cuando la situación se normalizara un poco por estos lugares, pues, como he dicho, tenían la finca vigilada en espera de mi llegada para agarrarme. Como yo no cargaba dinero, mi papá me dio lo que tenía en el bolsillo. Eran quince reales solamente. Nos despedimos con lágrimas en los ojos. Lo vi bajar la cuesta perdiéndose entre el monte.

## RUMBO A LO DESCONOCIDO

Nuevamente solo, recordé que por esas montañas vivía un indio llamado Escolástico Rodríguez, amigo mío, que por ser un buen práctico me podría ayudar para salir a la costa atlántica a través de la cordillera. Lo encontré en su casa; hicimos trato y se comprometió a sacarme hasta Donoso. Nos fuimos entonces por la montaña caminando hacia el Norte; sufrimos toda clase de dificultades hasta que salimos al mar, corriendo aguas abajo los ríos Limón y Coclé del Norte. En bote pudimos llegar hasta Donoso. Allí me informé de que por esa región había una compañía holandesa que daba trabajo para recoger tagua en los bosques. Me presenté ante los capataces de dicha compañía y pedí trabajo. Ya Escolástico se había regresado para su casa. Me dieron el trabajo. Diariamente salía con otros hombres con mi jaba de bejuco a recoger tagua. No podíamos hacer más de dos viajes al día. La lluvia y los peligros de las víboras nos obligaban a andar con mucho cuidado; varias veces nos amenazó la presencia del tigre. Los capataces llevaban la cuenta de lo cargado y nos pagaban al final de cada semana. Dormíamos en unas barracas de tablas muy rústicas y la comida era de conserva, cuando no de carne de monte. Cuando hice unos reales me animé a salir. Caminé por la playa hasta Salud, lugar en donde permanecí varios días descansando. Mi propósito era el de llegar hasta el puerto de Colón y embarcarme de alguna manera para el extranjero. Pero allí en Salud, conversando con unos vecinos, tuve noticias de que el Capitán Victoriano Lorenzo se encontraba cosechando sus arrozales en los anegadizos de Gatún. Me sorprendió la noticia y sentí deseos de ir al encuentro del Capitán. Yo no pensaba en guerra sino en trabajar junto a un amigo que se había ganado mi confianza.

## EN BUSCA DEL HOMBRE

Resolví, entonces, coger camino hacia aquellos lugares. Ya era el mes de octubre de 1900. Busqué y contraté un práctico. Emprendimos camino. Muy avanzada la tarde, en un cruce de caminos, me senté a descansar pues habíamos andado durante todo el día. Y encontrándome sentado sobre un tronco viejo y grueso a la orilla del camino, sentí voces y pasos de personas que venían del otro lado hacia donde yo estaba sentado. Cuál no sería mi sorpresa al ver que quien venía era, precisamente, el “hombre” que yo buscaba: el Capitán Victoriano Lorenzo, acompañado de otro hombre. También el Capitán se admiró de encontrarme en semejante soledad, y...

-¿Tú que haces aquí, Juan?- me dijo.

-En busca suya ando, Capitán.- le contesté.

-Pues, entonces, véngase que voy muy de prisa. Me llaman urgentemente de El Cacao. Este señor que me acompaña me ha traído razón de lo que ha ocurrido allá y voy a ver qué ha pasado y qué es lo que debemos hacer.

Desde el 24 de junio de 1900 hasta ese día 19 de octubre del mismo año yo no había sabido nada del Capitán Lorenzo. No lo había vuelto a ver más. Me decidí a acompañarlo y juntos emprendimos el camino hacia El Cacao. Mi práctico se devolvió.

Tenemos que caminar ligero, porque estamos muy lejos y la cuestión es urgente. En el camino vamos conversando y le contaré dijo Victoriano.

Yo no sabía de qué se trataba. De modo que emprendimos la marcha hacia El Cacao los tres:

Victoriano, el expreso que fue a buscarlo y yo. Comenzó por contarme que desde el momento en que oyó hablar de “rendición” en la derrota del Puente de Calidonia resolvió escaparse con sus indios, pues él tuvo temor de caer preso, y lo matarían, siendo como era un “pobre indio”. Esa fue exactamente su expresión. Cuando en el Campamento de Perry's Hill (Perejil) se dio cuenta de que la rendición era indudable, dispuso su fuga llevándose cada uno de sus hombres su propio rifle y unos pocos más, recogidos del suelo, que habían sido de soldados ahora muertos; rifles con los cuales hizo un total de 75, acompañados de muy escasas municiones. Estas armas, de segunda mano, las enterró en El Cacao, en un pequeño rancho que tenía en medio de un arrozal cerca de su casa.

Es totalmente falso el rumor y el cargo de que Victoriano se había llevado un cargamento de armas -dice con firmeza mi compadre Juan- Así como a otros héroes se les rodea de una aureola de glorias, de bondades y de cualidades superiores que no tienen o no tuvieron, al General Victoriano Lorenzo se le niegan sus méritos y se le han achacado injustamente muchas acciones que no autorizó, que mucho menos ejecutó ni ordenó ejecutar. Tenía razón cuando dijo que él era un “pobre indio” y que por eso lo “matarían”. Sentía temor y presentía su triste final.

Pues bien, sigamos. Me refirió Victoriano en el trayecto que según le había informado el “expreso” que caminaba allí con nosotros, el caserío de El Cacao, en donde tenía él su residencia, había sido quemado y saqueado por un batallón de caballería gobiernista el día anterior (18 de octubre de 1900); que esas fuerzas andaban en busca de él (Victoriano) para llevárselo preso y que le habían desenterrado los rifles que Victoriano había escondido en su rancho y que se los llevaron. Pero al no encontrar a Victoriano, el jefe de la patrulla dispuso prender fuego a los 18 ranchos de paja que componían el